

naturaleza del terreno y las circunstancias. Quedó al mismo tiempo resuelto el abandono de Valmaseda, y dirigir á los pueblos alocuciones que tendiesen á reanimar su espíritu y el de los voluntarios.

Por su parte el general Espartero adoptó las medidas conducentes á asegurar la conservación del territorio conquistado en la izquierda de su línea, á mantener sus comunicaciones con Miranda y Logroño, al mismo tiempo que adelantaba su ofensiva sobre Orduña y Amurrio. Interin Maroto permanecía estacionado en Llodio, Espartero se hacia dueño el 24 de mayo del primero de dichos importantes puntos, al que siguió la ocupación del segundo ó sea de Amurrio en 1.º de junio; operaciones que consolidaron la posesión del territorio de Valmaseda y su comarca.

Estrechado Maroto por las acertadas operaciones del ejército de la Reina, trató de hacerse fuerte en la ventajosa posición de Areta, en la que esperó poder detener los progresos de su enemigo. Inútiles eran, sin embargo, los esfuerzos del caudillo de don Carlos para que los suyos agradeciesen el celo que desplegaba en el sostenimiento de una causa cuya ruina se precipitaba á pasos de gigante. Por su campo corrían excitaciones impresas dirigidas á desacreditarlo. «No creais, decía una de ellas, los rumores que circulan de que vienen cincuenta mil franceses en nuestro auxilio; eso es un engaño de Maroto, que no tiene otro objeto que el de adormecerlos en una engañosa seguridad para ganar tiempo en el que consumar su crimen. Maroto se halla abandonado por las potencias del Norte, y el gobierno francés prepara la escuadra para bloquear vuestros puertos.»

Otro de aquellos libelos decía:

«Voluntarios de Carlos V y pueblos vasco-navarros: El hombre de maldición, el impío Maroto, ha consumado su obra de iniquidad; ha vendido á los cristinos el ejército, el pueblo y vuestros venerandos fueros, y á los ingleses vuestro rey, prometiéndoles entregárselo en San Sebastian. Una feliz casualidad ha revelado el detestable proyecto. Se ha interceptado en Francia la correspondencia de Maroto y en ella se ha hecho el espantoso descubrimiento de la sacrilega venta que hace el miserable de su patria y de su rey.»

A aumentar los efectos de tales síntomas de desorganización contribuían las proclamas de Espartero, que anunciaban frecuentes deserciones de los castellanos que acudían á sus filas y proferían ofertas de favorable acogida á los que les imitasen, expectativa que corroboraba el hecho de que el regimiento de Luchana estaba en su mayor parte compuesto de desertores carlistas.

A efecto de distraer sus ocios y de calmar sus inquietudes, aceptó don Carlos la propuesta de Maroto de pasar una revista á su ejército, á cuyo efecto se puso en marcha el 18 de junio desde Durango, acompañado por su esposa, su hijo, el infante don Sebastian, el ministro de la Guerra y sus ayudantes. Pernoctó en Arancundiaga y al día siguiente halló reunidos los batallones en Areta y en Orozco. Respondiendo á las aclamaciones de que fué objeto, prodigó don Carlos elogios á sus soldados, y, según su costumbre, les hizo esperar la victoria á condición de que perseverasen fieles á su causa.

Interin Espartero fortificaba la izquierda de su línea, recientemente conquistada, el general don Diego Leon proseguía en Navarra la ingrata tarea de incendiar las mieses de los campos situados en territorio enemigo. En obediencia de las acerbadas órdenes, de cuya ejecución estaba encargado, se apoderó ó destruyó las cosechas pendientes en los pueblos de Allo, Dicastillo y Arellano; sucesos que dieron ocasión á frecuentes combates, en los que se perdieron muchas vidas y se consumió la ruina de muchos inocentes labradores.

Agraváronse aquellos rigores con severos bandos contra la introducción de víveres y efectos de comercio en el territorio carlista. Durante todo el mes de julio continuó el inexorable sistema de incendiar las mieses sin que el celo y buena voluntad de Elío, jefe de las fuerzas navarras, pudiese contener los desastrosos efectos de un sistema que el mismo general encargado de extremar sus disposiciones, el noble y humano don Diego Leon, calificaba, diciendo que á los infelices habitantes solo les quedaban ojos para llorar.

Asoladas que fueron las antedichas comarcas, tuvo aquel general que resignarse á extender la plaga de las duras providencias de que era ejecutor, á los territorios de la Solana, de Sesma, de Lodosa y de Mendavia, al mismo tiempo que encomendaba al general Bayona que otro tanto hiciese en el territorio de Buroz.

La desastrosa campaña que tuvo por objeto los incendios de Navarra, trae á la memoria el recuerdo bíblico de Sanson incendiando los campos de los filisteos y del general Sherman preparando la ruina de los separatistas de los Estados-Unidos, devastando los ricos territorios del Sur.

Para consumar la ruina de los assolados campos de Navarra, destináronse cuatro columnas á las órdenes de los generales Concha, Bayona, Gaston y Castro, los que hubieron de sostener incesantes combates con las fuerzas al mando de Elío, entre las que y las de Diego Leon, trabóse un duelo á muerte durante toda la época de la recolección.

El 8 de agosto promovióse en el campo carlista un movimiento cuyas consecuencias debían dejarse sentir en las filas enemigas, mucho despues de apaciguada la gran novedad, ocasionada por la sublevación del 5.º batallón navarro al grito de *viva el Rey, muera Maroto y los traidores*. Los batallones 11.º y 12.º de Navarra se unieron á los pronunciados. Atribuyese á causas distintas aquella insurrección, y sin duda alguna fueron de distinto origen los móviles que la impulsaron, aunque todos ellos coincidieron á darle la gravedad que realmente tuvo. La levadura de los odios, natural consecuencia de los fusilamientos de Estella, tuvo en la explosión una parte á que no fueron ajenas las maniobras y trabajos de los liberales en el interior del campo carlista; manejos que, por distintos conductos, pero á un mismo fin, impulsaba Espartero, por medio de las inteligencias que había logrado establecer entre los enemigos, al mismo tiempo que desde su observatorio de Bayona la activa sagacidad de Aviraneta atizaba el fuego. No se libertó don Carlos de que también se le atribuyese que veía con predilección el movimiento, ya que no lo hubiese impulsado; y para completar el catálogo de las universales sospechas que á todos los partidos alcanzaron, hasta llegó á creerse que Goni, Madrazo de Escalera, Zaratiegui y otros jefes, conocidamente adictos de Maroto, tuvieron participación en la trama.

Ostensiblemente mostraron adherirse á ella don Basilio, Aguirre y el presbítero Echavarría, quien dió á luz una proclama en la que declaraba que se hacia traición á la causa carlista, y que desde los sucesos de Estella no quedaba á los leales otra bandera que la de *Dios y el Rey*.

El general Elío, en el territorio de cuyo mando se representaba la abigarrada escena, se veía perplejo y declaraba que tanto el atacar á los sublevados á viva fuerza, como el dejar de hacerlo, era igualmente desastroso para la causa carlista.

Colocado entre dos partidos que ostensiblemente lo aclaman y aparentan reverenciarlo, el atribulado don Carlos, turbado y perplejo, no podía prescindir de sostener, manifiestamente al menos, á Maroto, en cuyas manos tiene depositada su principal fuerza. Reclama vivamente el último que el Rey se presente al ejército y haga entrar en obediencia á los sublevados.

Adopta don Carlos el partido de mandar á Echavarría, que los pronunciados se presenten en Lumbilla á recibir órdenes; pero desconfiados ó temerosos no obedecen, y mantienen su actitud hostil, colocando á su Rey en la apurada situación de no saber qué partido tomar, pues aunque en secreto ama á los pronunciados, no puede declararse por ellos sin exponerse á acabar de perder su causa; desea que triunfen, pero ante todo conoce que su interés está en conciliarlos.

Maroto que también teme y no sabe con quién podrá contar, llegado el caso de tener que pelear, teniendo á Espartero en frente, se humilla hasta el extremo de escribir á Echavarría, corifeo de la sublevación, manifestándole la sorpresa que le causa de que él sea quien dé el golpe mortal á la causa de don Carlos, sublevando el 5.º batallón de Navarra, é instándole á que desista de su empeño, en la inteligencia de que él, Maroto, no tenía otros principios que los de Rey, religión y bienestar de las provincias, é invitando á Echavarría á una conferencia, le recomendaba la unión para resistir lo comun

enemigo, añadiendo por último que él y los que le seguían serán los culpables de las desgracias que sucediesen, si no hacia caso de aquella noble y franca invitación.

A esta comunicación dió Echavarría la respuesta siguiente: «Señor don Rafael Maroto.—Quien da el golpe mortal á la causa del Rey, á la religión y á las provincias es usted; el traidor, el asesino, el enemigo declarado del uno y de los otros. Hablen por nosotros los sucesos. ¿Quién fué el autor de los asesinatos de Estella? ¿quién obligó al Rey, con el puñal en la garganta, á firmar el contra decreto? ¿quién ha vendido y entregado á Ramales, Guardamino, Valmaseda, Orduña, Urquiola y Durango? ¿quién ha perseguido á muerte á todos los fieles partidarios del Rey y de su causa?»

«Jamás me uniré con traidores y asesinos como usted. Con menos tropas y menos recursos hemos podido siempre contrarrestar al enemigo é impedirle que invada el país: ahora han atravesado en triunfo parajes donde hasta el último debía haber perecido. Pero ¿qué extraño es esto siendo público y notorio, hace ya largo tiempo, que está usted vendido á Espartero?»

«Pero no crea el traidor Maroto que los batallones 5.º y 12.º sean los últimos que levanten el grito de «viva el Rey y muera Maroto;» no: este ejemplo será seguido por todos los verdaderos carlistas, y en especial por todos los denodados navarros: sus obras lo demostrarán así.—Es de usted atento, Juan Echavarría.—Santisteban 26 de agosto de 1839.»

Era tanto mas embarazosa la situación de Maroto, cuanto que Espartero, que conservaba relaciones secretas con el jefe enemigo, le instaba para suscribir el convenio que había de poner fin á la guerra; pero no se creía el último todavía bastante dueño de su ejército para que lo siguiese y esto le hacia vacilar. Flotaba Maroto entre diferentes soluciones sin acabar de decidirse por ninguna de ellas, faltarle de seguridad de poderlas llevar á cabo con resultados estables. Había pensado en la abdicación de don Carlos en su presunto heredero; mas luego llegó á desconfiar de este y desistió de semejante idea.

Para mayor complicación de la descomposición que trabajaba el campo carlista, baste saber que se dió crédito, probablemente infundado, á haber surgido un tercer partido que trabajaba por que don Carlos juntase Cortes, levantando una bandera conciliadora. En el entre tanto los guipuzcoanos, sublevados en Andoain, niegan la obediencia á su jefe Vargas, se declaran neutrales y toman el papel de conciliadores, dirigiendo al efecto una exposición á don Sebastian en la que le manifestaban que jamás se declararían en rebelión ni tomarían parte en los perniciosos movimientos que minaban la causa carlista.—Que no era justo que el ejército fuese juguete del espíritu de partido; que se tomaban medidas que demostraban existía un antagonismo directo entre el cuartel real y el general en jefe, bajo cuyo supuesto la división guipuzcoana se propone atajar males de trascendencia; á cuyo efecto debe manifestarse neutral interin ambos cuarteles entablan relaciones de amistad y dan testimonio de caminar acordes para el triunfo de la causa. Concluían manifestando que no darian entrada en la plaza á ningún individuo de los dos bandos y, cosa singular, terminaban diciendo al infante que, con harto dolor de los exponentes, también S. A. quedaba incluido en dicha prohibición.

En aquel estado de confusión y habiendo los pronunciados sacudido el mando de Vargas, aceptaron el de Iturbe, que corrió de Azeitia á Andoain y se entendió con los sublevados, entre los que era tan chocante la diversidad de pareceres, que á un mismo tiempo se oían gritos en favor de la paz, de Maroto, y don Carlos y su cuartel real.

La anarquía moral y el desbarajuste que en aquellos días alcanzó á todas las fracciones que dividían el campo carlista, llegó hasta el extremo de que la discordia se propagase aun entre los mas prudentes y avisados de los consejeros de don Carlos; pues corrió muy válido, y no dejaron de acreditarlo indicaciones verosímiles, que entre Montenegro, el arzobispo de Cuba fray Cirilo y Ramirez de la Piscina estallaron disidencias que rompieron la inteligencia que entre ellos había existido.

De semejante estado de cosas no podia menos de tratar de aprovecharse, como en efecto lo hizo con éxito, el general Espartero, quien avanzó por Ochandiano hasta Villareal de Alava.

Poco menos que abandonado Maroto por los jefes, con quienes había creído contar para sus proyectos de transacción, y hostigado por todos lados, quiso, sacando fuerzas de flaqueza, ostentar una seguridad de la que estaba bien lejano, dando á luz la siguiente orden del día:

«Voluntarios: se acerca un día de combate en el cual probaremos al mundo entero que los defensores de la legitimidad no concederán jamás el triunfo á los usurpadores. Si el abandono voluntario, que hemos hecho, de algunos puntos que no me presentaban las ventajas que debo buscar para combatir contra las fuerzas enemigas, les ha hecho creer que los tememos, cuando salgan de las posiciones que ocupan, si no retroceden, hallarán la muerte que vuestros brazos deben darles en recompensa de la conducta infame que observan, saqueando y quemando vuestros campos y aldeas. La campaña que han empezado con fuerzas tan desiguales es la mas bárbara que puede imaginarse; en Navarra, en la Solana, en Alava, á la parte de Vitoria, en Guevara y aldeas inmediatas lo que man y lo saquean todo, sin que nada se libre de su rapiña; y veis al rebelde Espartero destruir á Amurrio, Orduña y Arciniega, todo cuanto puede satisfacer su inhumanidad y su barbarie. En vano algunos intrigantes esparcen rumores de transacción, pues jamás puede haberla entre dos partidos cuyos principios son tan opuestos. Sea nuestra constante divisa el Rey y la Religión. Es necesario triunfar ó morir.»

«Cuartel general de Orozco, 23 de julio de 1839.—Vuestro general, Rafael Maroto.»

### CAPITULO III

#### El convenio de Vergara.

Apertura de la campaña del Norte.—Avance de Espartero.—Crisis interior en el campo carlista.—Negociaciones entre Espartero y Maroto.—Quiere Maroto interesar á don Carlos en las negociaciones de paz.—Ruptura de Maroto con don Carlos.—Preliminares del convenio.—Convenio de Vergara.—Proposiciones de la Francia y de Inglaterra.

Interin el general de don Carlos encubria bajo las apariencias de una confianza, de que tan lejos se hallaba, las incertidumbres que asaltaban su atribulado espíritu, Espartero, que ya veía claramente el camino que debía conducirle al suspirado término de la guerra en el Norte, se adelantaba por el llano de Alava, operando de manera que flanqueaba las posiciones del enemigo, obligándole á abandonar puntos estratégicos, como lo era el fuerte de Arroyabe. Inmediatamente despues adelantóse á Villareal, de cuyo punto se hizo dueño, como igualmente del territorio que había formado la segunda línea del enemigo. El vigor de los movimientos de Espartero revelaba su pensamiento de no dar tregua á Maroto, obligándole á entrar de lleno en las comenzadas negociaciones, á las que convidaban las demostraciones que en favor de la paz se manifestaban entre los voluntarios.

Para dar mayor estímulo en el país á este mismo espíritu, dió Espartero, el 9 de julio, en Amurrio un bando rigurosamente prohibitivo de todo tráfico con el territorio enemigo, y, partiendo en seguida de Urbina, atacaba y tomaba á Urquiola, que evacuaba el conde de Negri, abandonando la artillería y abundantes víveres y municiones.

El 22 de julio era el caudillo de la Reina dueño de Durango, cuya posesión conmemoró publicando una elaborada orden del día que trazaba la historia de su victoriosa campaña; ostentaba la superioridad de elementos con que contaba para el triunfo, y procuraba disuadir á los contrarios de perseverar en una lucha para ellos sin éxito posible.

Continuó Espartero operando en dirección de la llanada de Alava, obligando con su marcha al enemigo á irle cediendo terreno. Maroto había escogido el punto de Areta, como posición bastante fuerte, para haber opuesto en ella una poderosa resistencia al avance de su enemigo, pero vióse frustrado en su designio por los movimientos de los generales Castañeda